

—Se haría católica,—dijo René fríamente.

La madre le miró con cierto asombro.

—Espero que no pensaréis en eso.

—Os juro, madre mía, que jamás he pensado en casarme menos que hoy.

—¿Y por qué hoy?

—Ideas mías.

—Si quisiérais un matrimonio de conveniencia, ninguno de tanta como el de esa niña Ahrenfeld....; pero preferiría veros realizar un matrimonio por amor, y uniros á la viuda de Montepreux.... Esto sería más necio, pero sería acaso más digno, y ya sabéis la frase que repetía vuestro padre á Ferdys y al anciano Robín: «Acabar decentemente....»

—No la he olvidado,—dijo René.

Y levantándose de junto á su madre, llevó á los labios la mano flaca de la Princesa, con actitud elegante, y como si se tratase de un besamanos oficial, y después salió, dejando á la señora de Chantenay entregada á sus inyecciones de morfina, y pensando coléricamente en Noris, cuyo desprecio le desafiaba, y cuyo recuerdo le embriagaba también.

—Bueno (decía para sí): puesto que me ha desafiado, nos veremos, y puesto que no reconoce más que á un príncipe de Chantenay que ha muerto, ¡yo le haré ver que vive otro! ¡En cuanto á Raimundo, si es que la ama, tanto peor para él!

V.

Sí, Raimundo amaba á Noris: habían informado bien al príncipe de Beaumartel.

El joven oficial sabía el camino del hotel de la calle Jouffroy, é iba allí como á pesar suyo en un principio, comprendiendo que penetraba en un mundo desconocido, pero no dudando de sí mismo, seguro de disimular el amor, si amor era lo que experimentaba hacia ella, y queriendo solamente averiguar lo que la cólera le había hecho pensar durante cinco años. La curiosidad ha impulsado al amor más seres que el amor mismo. Raimundo quería saber por qué gradación de sentimientos había pasado aquella hermosa criatura, á la que había dejado engañada y llorosa, y á la que encontraba desafiando con altanería al hombre que la había engañado. Era imposible, decía, que Noris fuese una mujer ordinaria, viviendo con alegría entre el lujo que se había creado. Adivinaba la herida oculta, la amargura secreta, la tristeza de aquella existencia, que era, como él decía á René,

un desquite, donde la victoriosa estaba vencida, herida y llorosa. Quería convencerse de la melancolía de Noris, para no despreciarla tanto como la había compadecido; y la prueba que buscaba la pudo bien pronto encontrar por las confidencias de la joven. Sí, Noris sufría; en la libertad de aquella nueva vida que la casualidad le había proporcionado, sentía la nostalgia de los sueños de antaño y de su candidez perdida.

¿De quién, sino de René, era la falta? ¡Le había amado tanto! ¡Había depositado tanta fe en él! Con sólo que él quisiera, hubiera vuelto á ser lo que era en el fondo, una criatura honrada, un alma recta que odiaba el mal y á la que la vergüenza castigaba.

Raimundo había sentido consuelo desde su primera conversación con Noris. Sabía lo que era aquella mujer, lo que la vida y los rencores habían hecho de ella; pero temía que llegara á envanecerse de su rebajamiento, que aceptase con el orgullo de las mujeres perdidas aquella existencia.

Pero Noris era más una rebelde que una mujer perdida.

Raimundo de Ferdys podía compadecerla y estimarla aún.

Pero él mismo se planteó esta cuestión. ¿Podía estimar á la hija de Feraud convertida en la querida de Vassili? Perdonarla, acaso; despreciar al que la había precipitado, también; pero ¡olvidar el título que se daba á Noris, aquel título que era la admiración de mucha gente, pero que Raimundo consideraba como un estigma, «la querida del Gran Duque», imposible!

Y, sin embargo, hasta aquel imposible iba des-

apareciendo poco á poco para Raimundo. Nada en el sobrio lujo del hotel recordaba en Noris á la cortesana; nadie sospechaba que un personaje invisible tuviera el derecho de entrar como amo en aquella habitación. Noris no recibía siquiera á Raimundo en el salón en que podían entrar Gardanne y Margarita Brunier, sino en la biblioteca, rincón ordinariamente habitado por ella, y en cuyos estantes Ferdys podía ver con encuadernaciones que nunca debieron conocer las añejas novelas de Eugenio Feraud: *Juan el Disecador*, *Los Canadienses*, *Dinorah ó los filibusteros*, etc., entre otros pobres libros olvidados, y cuyos compañeros se veían en los baratillos de la calle, con el retrato de Feraud, tímido y honrado.

Ninguna huella del Gran Duque en aquella pieza retirada y silenciosa como una celda, donde Noris soñaba, no en el porvenir, sino en el pasado. Sólo una vez había hablado la joven del gran duque Vassili á Raimundo de Ferdys.

Le había dicho, con una irritación amarga que hacía temblar su voz:

—El príncipe de Chantenay me ha demostrado lo que es un gran señor, mientras que el gran duque Vassili me ha hecho ver lo que es un caballero.

En la afección tranquila y poco apasionada, protectora y casi amistosa que el Gran Duque profesaba á Noris, no había nada del sentimiento de vanidad que experimentaba antiguamente René, y que el mismo Gran Duque había mostrado por otras mujeres, adornándose con una mujer elegante, como lo habría hecho con un arma de lujo, un caballo de raza ó un cuadro de gran valor. Con Noris no le ocurría eso; después de haber sido sedu-

cido por su belleza, sólo la amaba por sus encantos y por su talento, y desde Niza había olvidado sus derechos sobre ella. Se sentía instintivamente ante una mujer superior, y nunca se le pasó por la idea confundir á la joven con las heroínas de sus caprichos habituales.

Noris tenía en su hotel una miniatura de Vassili con su uniforme de campaña, túnica blanca, casco á la cabeza y la cruz en el pecho; y en aquel soldado agreste, de grandes patillas rojas y canosas, no se hubiera conocido al hombre elegante, de blanca corbata, que paseaba por París su frac negro, manchándolo de polvos de arroz, como en Plewna había manchado de pólvora y tierra sangrienta el blanco paño de su uniforme. Hombre galante y correcto, el Gran Duque hablaba á las parisienses con frases de diplomático, haciendo la corte como en la corte, dando á un billete amoroso las fórmulas de un protocolo, y dejando transparentar á veces repentinamente las brutalidades de tártaro y los desdenes de soberano. Muy cumplido durante un mes, y muy grosero durante una hora. Tal era, al menos, el personaje que las entretenidas conocían; pero con Noris, el gran señor parecía olvidar que podía aspirar á ser amado como un banquero, y, no pensando más que en la amistad, se mostraba tan amable, dulce y adicto, como hubiera podido serlo con una gran dama de San Petersburgo ó de Moscou.

Meses y meses hacía que no la había visto; pero desde las fronteras del Asia le escribía con puntualidad militar, cartas delicadamente respetuosas, como hubiese podido dirigir las á su prometida. Era un hombre verdaderamente singular.

Noris, que no le amaba, se habría dejado cortar una mano por él: la había salvado, con efecto, arrancándola de la miseria y de las aventuras en el pantano en que la arrojara Chantenay, y tenía hacia aquel hombre que la devolvía á sí misma y la respetaba, el reconocimiento de la joven que se casa con un anciano para salvar á su padre, evitar la ruína de una casa ó pagar una deuda de honor.

Raimundo de Ferdys sabía todo esto, como también sabía que todos los sentimientos de rectitud que le guiaban á través de la vida, los entusiasmos que agitaban su pecho, los encontraba en aquella mujer con la misma rectitud y el mismo empuje. Con Noris, podía entregarse á todas sus credulidades, á todos sus proyectos, y en sus conversaciones y confidencias, contándole sus viajes, pasando del ayer al mañana, enumeraba sus esperanzas de patriótico porvenir, que á otros hubieran parecido peligrosas, y que Noris admiraba, impresionada por aquella fe juvenil.

Raimundo se encontraba en su centro ante la franqueza de Noris, en quien encontraba como un eco de sus propios pensamientos. De día en día aumentaba su afecto por él. Las visitas al hotel de la calle Jouffroy, que eran para el joven una especie de distracción, se convirtieron en necesidad y alegría de su espíritu. Noris gozaba también en aquellas entrevistas hermosos sueños de honor y una alegría infinita. Con Raimundo volvía á encontrarse en aquel ideal y aquel absoluto que habían perdido al pobre Feraud, país peligroso por confinar con la locura, pero que ella amaba aún, y evocaba en su soledad, como una especie de paraíso perdido.

Y he aquí lo que unía más y más á cada momento á los dos soñadores, que revivían, él con el primer sueño de amor que había acariciado antiguamente al tiempo de partir, ella al encontrar en Raimundo la fe, la credulidad, la virginidad de alma, todas las purezas de los años de virtud.

La casualidad había puesto más de una vez en sus labios el nombre de Eugenio Feraud, de quien Noris no hablaba nunca, poniendo el mayor pudor en callar el nombre, como en la casa le ponía en ocultar su retrato. Pero cuando Raimundo lo pronunció por primera vez, experimentó una profunda alegría, sintiendo en todo su ser como una vibración, por comprender que Raimundo era el único ser en el mundo á quien podría hablar del pobre olvidado. Porque Ferdys comprendía, adivinaba al *vencido*. El marino había leído, tal vez por ser del padre de Noris, casi todas las novelas de Feraud, y había retenido fragmentos de frases y de estilo vigoroso perdidos entre fárrago de relaciones de aventuras. Y hacía ver á Noris que aún conservaba en la memoria aquellos restos de lecturas, con lo que ella quedaba muy contenta, al ver que el humilde recuerdo del desconocido vivía en la memoria del hombre á quien más estimaba.

—Hay mucho talento esparcido en sus libros (decía Ferdys); tenía imaginación y creía.

—¡Creía en demasiadas cosas!—interrumpió Noris, moviendo la cabeza.

—¡Bah! Como la vida, en resumidas cuentas, no es más que otra mentira, tanto vale el considerarla por lo que no es, como el creer que vale más de lo que vale.

Noris agradecía á Raimundo que amnistiase la

locura idealista de que Feraud había muerto, y de que ella misma sufría las rudas consecuencias. Le amaba, sobre todo, porque él amaba al muerto.

Un día le dijo, por casualidad, que ella, en realidad, no se llamaba *Noris*, sino que éste era un calificativo que le daba su padre.

—Mi verdadero nombre es el que llevó también mi madre: es Susana.

—Permitidme entonces que os llame Susana.

—¿Por qué?

—Por ser un nombre que no llevaréis más que para mí.

—Con mucho gusto.

De esta suerte había nacido en ellos una verdadera pasión, un amor profundo, un amor pronto á todos los sacrificios por parte de Noris, á todas las fiebres por parte de Raimundo; pero amor que se escondía bajo el nombre de *amistad*.

Creyendo seguramente no ser más que un amigo de aquella mujer, Ferdys experimentaba por ella un sentimiento de mayor violencia; y absoluto y resuelto como en todas las circunstancias de su vida, no se tomaba el trabajo de analizar sus impresiones, y se entregaba de pies á cabeza á aquel sentimiento que no admitía discusión ni protesta. El primer choque con René lo había demostrado así.

En el ministerio, él mismo trabajaba con doble ardor, yendo desde las oficinas, en que abundaba más el trabajo, á la llanura de Montsouris á seguir los experimentos meteorológicos, en unión de otros oficiales, y admirando por su actividad inteligente al almirante Pradier du Resnel, que le decía riendo:

—Mi querido Ferdys: debéis estar enamorado;

nadie se porta tan admirablemente más á cada modo enamorado. vían, él con el

—¡Estoy enamorado de la pro. ariciado anti-neral!

—¡Ya es algo, pero no lo bastante!... inidad de blemente juega en esto una mujer. id.

—Tal vez sea cierto, señor Ministro, a vez en declaro que yo mismo lo ignoro. quien

—¡Oh! Entonces es mucho más grave. No udor amorcillo, sino una pasión oculta.... Son las úa en serias.

Sí, aquel amor, furtivo como si hubiera pro-nda culpable, daba á Ferdys aquella actividad al a- de sus primeras fiebres juveniles; y el joven co-veintiseis años llevaba á su pasión los entusias- e mos, las frescuras de sentimiento y los ardores de sangre de un adolescente.

Frecuentemente iban en las mañanas de Mayo, no por el Paseo de los Postes, donde la *fashion* galopaba para mostrarse como en un salón, sino más lejos, hacia Saint-Cloud, por caminos desiertos, llegando hasta Chaville ó Sèvres, y aquella naturaleza primaveral, aquellos castaños temblorosos de conos de flores blancas, aquellos ramos de lilas, aquellos follajes tiernos aún de los sauces, formaban risueño fondo á sus amores, y marchaban hablando, sin rumbo fijo, dorados por el sol y acariciados por el viento, bajo el cielo azul pálido de la primavera.

En su afán por la soledad, un día fueron á Versailles: Noris gustaba de aquel sitio, en que tantas veces la había paseado el padre, contándole historias, leyendas del palacio y de las arboledas sombrías. Aquella impresión de desierto y de grandeza

locura idealista a seducido siempre á Noris: pasando por que ella misma anderos, creía encontrar algunas de las amaba, sobre s perdidas; pero tanto ella como Rai-

Un día le sorprendían viendo el Parque invadido, lidad, no y lleno de gente. No se acordaban de que calificat. a de los demás continuaba, y de que Versailles

—Mi en Mayo, como París, su exposición de flores. mi mañices, tomando una resolución, entraron bajo

—¡Tienda en que lucían, iluminados por la luz del tamizado por la tela de un amarillo dorado, las zaleas, los rododendrones y las rosas blancas par como la nieve, lilas purpuradas, cobrizas, toda una scala de matices, que hacían, no obstante, exclamar á Noris:

—¡A todos esos esplendores, que son como las flores de la Ópera, figuradas, prefiero un ramito de violetas, un ramito de diez céntimos!

Salieron de allí; algo mareada la joven por la pesadez de los perfumes, y aspirando el aire del exterior con delicia, fueron hasta el Bouquet del Rey, buscando con preferencia las calles de árboles en que las gentes no interrumpieran su conversación. Noris, deseosa de soledad; hubiera querido pasar por los bosques reservados y misteriosos en que la hiedra oprimía los troncos de los árboles; pero en aquel punto estaban casi solos, por no verse más que niños jugando sobre la blanda hierba, ancianos leyendo un periódico, sentados en un banco, y algunos soldados, cuyos chacós se distinguían entre la arboleda, mientras que á lo lejos se escuchaban sordos y continuados disparos de cañón. Un ejercicio de fuego en Satory, ó hacia el cerro de Piar día.

Adelantando siempre por las calles más desier-

tas del Parque, pasaron los juegos de agua sin hablar casi palabra; pero dichosos por aquel lento paseo solitario; y cuando el sendero era estrecho, Raimundo dejaba que Noris pasara delante, y la miraba debajo de su sombrilla de lienzo crudo que la ocultaba, dejando ver sólo su talle esbelto, ondulante, y unos piecitos que apenas se apoyaban sobre la tierra oscura.

La sombra de la joven se extendía sobre la hierba, donde parecía que habían llovido blancas estrellas, mientras que al suave movimiento de los árboles acompañaba el canto de amor de los nidos.

De repente se detuvieron...., al preguntar ella:

—¿Dónde estamos?

No lo sabía, y la idea de haberse extraviado divertía á Noris. ¿Era una aventura? ¿Y si la noche llegara á sorprenderlos en los bosques? Versalles no estaba lejos, y por entre los claros del follaje podía distinguirse el techo negro y las campanas de la capilla; pero era divertido poder decir que, tan cerca de París, estaban como al fin del mundo.

Al extremo de una senda vieron una muchachilla que tenía en la mano un ramito de flores silvestres, cogidas por ella.

—¡Pedía flores naturales (exclamó Noris), y aquí las hay!

La niña de rubios y encrespados cabellos, ojos sombríos y aspecto pobre, se había detenido para mirar á la hermosa dama.

—¿Quieres darme tu ramo?—le preguntó Raimundo.

—¿Dároslo?

—De balde, no. Pregunto que si lo vendes.

—Cuando puedo, sí. También se los llevo al tío Truelle, que vive junto á nosotros y que va al mercado de París. Esto se vende á los parisienses.

—Dale el ramo á la señora.

La niña alargó á Noris el ramito de violetas, unido de margaritas, que le formaban un cerco blanco.

—Es muy bonito, y huele muy bien.

Y hundía su rostro en aquella frescura embalsamada, mientras que sus ojos retrataban la alegría.

—¿Y no haces más que coger flores?—preguntó Raimundo á la niña.

Ésta alzó su flaco y marchito rostro, con aires triste y orgulloso á la vez.

—Ahora *hago la violeta*, porque la tierra no da más, y para eso son las últimas, y apenas huelen.... Pero cuando no hago eso, ayudo á papá.

—¿Qué hace tu padre?

—Es hortelano en Montreuil.

—¿Tienes hermanos ó hermanas?

—Somos siete: cuatro que son más pequeños, y dos mayores que yo.

—¿Y todos trabajan?

—¡Vaya! (exclamó la niña.) Menos los tres pequeños, que no levantan lo que esto (é indicaba un arbusto que le llegaba á la mitad del cuerpo); es preciso que todos ganen el pan, y si no lo hacen, la Thibaude....

É hizo un gesto para indicar que los golpes menudeaban en su casa.

—¿Y quién es la Thibaude?—preguntó Noris, fijando sus negros ojos sobre los azulados de la niña.

—La Thibaude....; pues es la Thibaude.

—¿Una criada?

La pequeña pareció mirar con espanto en rededor suyo, como si la Thibaude pudiera escucharla.

—¿Una criada?... No, es la viuda de Thibaude..., con quien papá se ha casado después que murió mamá, diciéndonos que ella cuidaría bien la casa.... Y es verdad que la cuida mejor que mamá, que estaba siempre mala; pero, de todas maneras, no es lo mismo.

—¿Para ti?—preguntó Noris.

—Ni para mí ni para los otros.... No, no es buena con mis hermanitos esa mujer.... Y con ella no se juega, sin que nos dé golpes.

—¿Pues y tu padre?

—¡Oh! Papá....

Y la niña se tocaba la frente, como indicando que el marido de la Thibaude no tenía la cabeza muy firme.

—Dicen que papá es muy bueno; pero es débil, y además.... bebe...., y echa de menos á mamá. Le duele también que no nos quiera la viuda de Thibaude...., y por eso se emborracha....; ¡pero es muy bueno, muy bueno!

La niña se detuvo, como temiendo haber hablado mucho, y que la Thibaude le hiciera pagar cara su charla.

Entonces Raimundo puso en sus manos una monedita de oro, que la niña contemplaba abriendo estupefacta sus grandes ojos, diciéndole:

—Para tus hermanitos y hermanitas; pero no se la des á la Thibaude.

—¡Diez francos! (decía la niña.) Diez francos por ese ramito.... Señora, ¿queréis que os coja más majuelo?... ¡Diez francos es demasiado!

—Para siete (dijo Raimundo, sonriendo), no, no es demasiado. Porque no es sólo para ti.

—¿Y dónde lo guardaré? Si mamá viviese, se lo daría....

—¿Y tu papá?

—Papá.... (dijo la niña con energía casi brutal.)

¿Pues y la Thibaude?

—Á la Thibaude le darás esta otra moneda para que no te regañe.

Y Raimundo le entregó otra moneda blanca, diciendo:

—Este es el precio de tus flores.

Allí dejaron á la niña, mirando y dando vueltas á la moneda de oro, y tomaron el camino de Versalles hablando de aquella niña, errante y golpeada, que hacía así el aprendizaje de la existencia.

—Decididamente la vida es menos alegre que una opereta,—dijo Noris.

Después, mirando el ramo de violetas, añadió:

—Hay días alegres, en que todo se pasa y se olvida.

Y al subir al vagón para volver á París, á aquel París que se apoderaría de ellos para separarlos, volviendo á colocar en su respectiva clase á la querida del Gran Duque y al ayudante de campo del Ministro, Noris dijo á Raimundo, con la voz profunda y tierna como acaso nunca la había tenido:

—¿Veis este ramito de la hijastra de la Thibaude? Burlaos de mí, pero nunca me abandonaré: lo prefero cien veces á todas las flores raras que hemos visto.... Yo hubiera querido coger por mí misma estas violetas, que serán lo que me quede de uno de los mejores días de mi vida....

—¡Susana!....

Ésta tomó algunas florecillas, que ofreció á Raimundo.

—Guardad vos éstas en recuerdo de este día...., y devolvédmelas cuando ya no me améis.... Yo, yo no os devolveré jamás las mías.... ¡Jamás!

¡No se habían dicho aún que se amaban, y ya hablaban de dejarse de amar!....

VI.

Raimundo de Ferdys sólo pensaba en su amor á Noris; pero un amor respetuoso, absoluto, capaz de todas las locuras y de todos los sacrificios. Comprendía que sólo veía á Noris, que sólo pensaba y sólo se inquietaba por ella. Era una absorción de todas sus facultades y de todos sus pensamientos. Él también, como la joven, conceptuaba como uno de los más bellos días de su vida aquel paseo á Versalles y aquella sencilla conversación por los bosques. Experimentaba al dejar á «Susana» á la puerta del hotel de la calle Jouffroy una impresión de amargura, como si un telón de teatro ó una piedra de sepulcro hubiera caído sobre una cosa acabada, sueño ó realidad, que no había de ver más.

Jurábase guardar siempre, como Noris—arrastrado por su infantil amor,—las violetas de la niña; y no se atrevía á volver á la calle Jouffroy: tenía miedo de venderse, de decir á la señorita Feraud lo que ella sabía ya, que la adoraba, y que aquel